

A FULLY ITALIAN GILLETTE FACTORY

Ferdinando Frega — Nando the Scribe

Gillettenarrative.com

UNA FÁBRICA GILLETTE TOTALMENTE ITALIANA

Todo el mundo sabía que las plantas de producción de GILLETTE estaban repartidas por Europa —Alemania, el Reino Unido, España— y más tarde, solo muchos años después, se supo que había también plantas en algún país de Europa del Este, que abastecían los mercados rusos. Pero nadie supo nunca que había una fábrica en Nápoles que producía MAQUINILLAS GILLETTE BLUE II X 10, con código EAN, código de producto e incluso número de lote.

También hacía promociones de temporada, con formatos promocionales de 10+2 gratis y 10+4 gratis —una auténtica filial, salvo que las oficinas oficiales estaban en Milán, primero en Via Baldissera 5 y después en Via G.B. Pirelli 18, y nadie tenía la menor idea de que aquella fábrica de Nápoles existiera.

Fueron los datos de NIELSEN los que lo destaparon todo: al cruzar la facturación con las unidades vendidas, faltaba dinero que debería haberse cobrado —y sin embargo las finanzas de GILLETTE EUROPE se gestionaban internacionalmente desde Ginebra, e Italia no tenía caja propia—.

La facturación seguía quedándose corta y, cuando las cifras alcanzaron un peso suficiente, nuestro Director General cruzó las puertas de la Fiscalía de Milán para presentar una denuncia penal contra personas desconocidas.

Distinguir el producto no oficial del oficial no era fácil, pero un detalle saltaba a la vista de inmediato: al abrir el paquete, las maquinillas llevaban la marca GILLETTE —pero pertenecían a la competencia—.

Las firmas de fabricación las delataban —en las características de la hoja, en su posicionamiento y en el control de calidad—.

La investigación llevó hasta un sótano de Nápoles, del que salía con regularidad, una vez cada hora, un motocarro Piaggio que transportaba un solo palé de 84 paquetes de 20 —el formato estándar de GILLETTE—, con su albarán de entrega de la empresa, haciendo la ronda por la mayoría de los mayoristas de Nápoles, que lo mezclaban con el producto oficial.

La curiosidad fue tan fuerte que la zona se vigiló con cámaras durante siete días, y allí la gente de la falsificación resultó ser de una profesionalidad seria: en entregas y producción, nada que objetar —parecía estar en Berlín Este—. Ja, ja, ja.

Cuando la Guardia di Finanza decidió entrar en el local y detener a todos, encontraron familias enteras trabajando —en el empaquetado, el almacén, la clasificación, la gráfica, la facturación—. Parecía una sucursal de Boston en Main Street.

Fueron detenidas unas 38 personas, pero, para evitar el pánico en el mercado, la investigación nunca se hizo pública: habría creado inquietud y daño a clientes y consumidores, y el fiscal decidió

sellarlo todo.

Pero dos cosas impresionaron de verdad: la primera, la organización y el control de calidad unidos a la logística y la entrega; la segunda, que después de los interrogatorios las mujeres del grupo preguntaron si podían ser contratadas para trabajar en Gillette Italia.

El Director General, hombre de origen pullés, no sonrió ni una sola vez: estaba preocupado —no solo por el acto delictivo y el daño a la empresa, sino por el hecho de que, como Presidente de la Cámara de Comercio Italo-Americana de Milán, acababa de reconocer talento y calidad reales— un talento que nunca podría poner en nómina.

Ferdinando